



11

(Tiziano)

«¿De quién es esta imagen e inscripción?»
(Mt. XXII, 20).

Jesús deshaciendo las intrigas de la incredulidad
farisaica.

De la primera ya hablamos suficientemente en uno de los capítulos anteriores.

Hagámoslo ahora, con alguna detención, de los restantes. La materia podrá parecer trivial a primera vista y desprovista de atractivos, pero es de la mayor trascendencia e interés desde el punto de vista apologetico. Ella nos dará ocasión, además, para admirar de nuevo la firmeza inmovible de la religión cristiana, al mismo tiempo que la futilidad y carencia absoluta de todo fundamento histórico y científico del atrevido y demoledor racionalismo.

EL ENGAÑO DE LOS APOSTOLES

Es la suposición obligada de casi todos los heterodoxos. Los Apóstoles se engañaron: fueron sorprendidos en su buena fe; se dejaron llevar de la credulidad tan innata en los hombres del pueblo en cuestión de milagros, tan propia de todos los tiempos, pero especialmente entre los judíos de la época de Jesús... Si aun en nuestros días, podemos añadir nosotros, exige la misma Iglesia tantas pruebas y exámenes para dar un hecho por milagroso, ¿cómo podemos asegurar que los Apóstoles y discípulos, hombres sencillos y rudos, ayunos de toda crítica, sin pericia profesional de ninguna clase, no se decantaron un tanto del camino verdadero y dieron, precipitadamente, por milagro lo que no era en toda realidad más que un vano espejismo o sugestión?

La hipótesis tiene algo de especioso y sugestivo, pero examinémosla despacio y veremos su plena inconsistencia.

Primeramente incurre en el gravísimo inconveniente, ya mencionado en otro capítulo: los prodigios evangélicos, como dijimos, los realizó Jesucristo y los tuvo por verdaderos milagros. Eran las obras del Padre con que probaba su mesianidad y misión divina. Si los Apóstoles se engañaron, pues, si tuvieron por milagros lo que era una mera fantasmagoría,

el causante del engaño y el primer engañado y aun impostor fué el mismo Jesucristo. ¿Se atreverán a tanto los racionalistas? La Historia, ciertamente, la Humanidad, les execraría si afirmaran tal blasfemia.

No se engañaron los Apóstoles.

Estamos en los tiempos del rigor de la crítica, de las oficinas de comprobación de los milagros, del examen de médicos y especialistas... Bien está todo eso cuando se trata de cerrar la boca a gentes quisquillosas que nada sobrenatural encuentran aceptable. Es necesario cortarles todas las evasivas, mostrarles bien a las claras la verdad, de modo que su incredulidad resulte inexcusable. Aun así ya sabemos cuán poco es ello para los que no quieren ver. ¡Qué escasos son los incrédulos que por sus comprobaciones se rindan a la verdad! Dios quiere más meritoria la fe. Exige humildad de parte del hombre y desconfianza de sí propio. «Porque has visto, has creído, Tomás; bienaventurados los que no vieron y creyeron».

No seamos demasiado exigentes.

Para reconocer si los hechos del Divino taumaturgo eran o no verdaderos milagros bastaba, en la mayoría de ellos, tener sanos los sentidos; bastaba ver.

Un día se acerca un ciego a Jesús y éste le unge los ojos con saliva y se le abren inmediatamente en medio de la estupefacción de los circunstantes... Los Apóstoles habían visto aquellos ojos, ahora iluminados y radiantes, completamente cerrados. ¿No bastará esa simple vista para atestiguar el milagro, sin necesidad de un concilio especial de médicos que lo examinen?

Otro día es un paralítico que lleva treinta y ocho años postrado en su camilla. Jesús le mira con ternura y le interroga: «¿Quieres sanar? Levántate, toma tu lecho y anda». El tullido experimenta en su cuerpo uno como flúido eléctrico que le vigoriza, y se levanta al instante lleno de vida, en medio de todos, y toma su camilla y empieza a andar..

Un tercero es un pobre leproso: los Apóstoles y la turba han visto al desventurado cubierto de llagas y desfigurado el rostro en la depresión más lastimosa. Se postra a los pies del Salvador y exclama, derramando lágrimas de sus ojos: «Señor, si tú quieres puedes limpiarme». Jesús le mira también compasivo y no puede contenerse más: «Sí quiero, le contesta: queda limpio», e instantáneamente aparece curado, sin que presente su cuerpo ni huellas siquiera de la pasada, horrible enfermedad.

Otro es en medio de una tormenta deshecha. La barca en que van los Apóstoles y Cristo amenaza hundirse; los Discípulos, asustados, acuden a El. Jesús se levanta, mira las olas entumecidas, oye el fragor del huracán y dice al mar: «Calla, enmudece». Inmediatamente se serena la tormenta y sobreviene la más tranquilizadora calma...

Otro, finalmente, es un cadáver en putrefacción. Ya hiede, pues lleva cuatro días en el sepulcro. Cristo manda que quiten la losa de la tumba; se sitúa junto a ella y llama al enterrado por su nombre... Y Lázaro se incorpora y sale envuelto en su mortaja. Los circunstantes se estremecen de terror y aun los enemigos del Taumaturgo se marchan atónitos, exclamando: «Hoy sí que hemos visto cosas maravillosas»...

¿Será, repitamos de nuevo, necesario un gran pertrecho de conocimientos químicos, biológicos o de medicina para estar seguros de que el hecho es un milagro, de que sobrepasa las fuerzas naturales?

Nos dicen que en todos estos casos pudieron intervenir leyes desconocidas para los judíos de la época y aun para nosotros, pero que quizá algún día pondrán en claro los progresos de la ciencia...

Este es el consuelo de los que se empeñan en no creer, pero nos parece demasiado efímero... Esperemos el porvenir...

No podemos decidir, con certeza, el alcance y los límites en general de las fuerzas naturales, pero ¿quién duda que en casos particulares podemos determinar, sin dificultad ninguna, el límite a que nunca llegarán esas fuerzas?

Dice muy acertadamente Hettinger: «No sabemos el poder que la fantasía ejerce sobre el cuerpo; pero sabemos de fijo que no alcanza a dar vista al ciego de nacimiento, ni oído a un sordo. Ignoramos el alcance de la inventiva para poner en movimiento las masas por tierra, mar y aire, pero estamos seguros de que nadie puede subir a lo alto sin algún instrumento auxiliar, ni puede pasearse por el agua, ni calmar las tempestades, ni entrar cerradas las puertas. No sabemos cuánta sea la duración de la muerte aparente, pero sí sabemos que el muerto, una vez iniciada la putrefacción, no puede recobrar la vida mediante las fuerzas naturales. Si no supiésemos estas cosas serían imposibles el derecho, la propiedad, la posesión, la vida familiar, que presuponen aquella certeza».

Sí, ciertamente.

Se habla mucho, en nuestros días, de las «leyes de la Naturaleza», de «los fenómenos naturales», y se nos echa en cara que en los tiempos evangélicos nada de esto se sabía... Sí, es cierto: los conceptos mencionados son modernos, pero a pesar de ello, los contemporáneos de Jesús sabían discernir muy bien lo que se realizaba según el curso ordinario de la Naturaleza de lo que de él se apartaba. Usando términos del Kempis diríamos que: «no sabían la definición, pero sentían la compunción».

No se trataba, en los milagros evangélicos, de cosas complicadas y profundas que exigieran para juzgarlos grandes conocimientos científicos que aquilataran el origen y alcance de los fenómenos. «Jamás se ha oído decir, dijo el ciego, que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento»: y nadie le replica. Es la fuerza aplastante de los hechos

y del buen sentido el que se impone; mientras éste perdure en el mundo, habrá fe entre los hombres, y el que se empeña en no ver, aunque resuciten muertos no creerá.

LEYENDAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA

Es la afirmación de Strauss.

Reimarus había llamado impostores a los Apóstoles, que inventaron los mitos sugestivos de los milagros para hacer pasar más fácilmente por Mesías a Jesús; Strauss habla también de mitos y de leyendas, pero su creación no la atribuye a los Apóstoles, sino a la Iglesia primitiva.

Nadie dejará de apreciar ya a primera vista que la posición de esta hipótesis es más deleznable aún que la primera.

Nuestros libros sagrados del Nuevo Testamento dijimos que pertenecen al primer siglo de nuestra Era; algunos, como las cartas de San Pablo, ya hacia el 50; el más tardío, antes, ciertamente, del año ciento. La mayoría, del sesenta al ochenta. ¿Cómo es posible, pues, que en este brevísimo tiempo se hubiera ya desfigurado tanto la imagen del gran Profeta que se hubiera convertido en legendaria, con los aditamentos postizos de milagros y hazañas sin número?

Concebimos que los pueblos tengan sus ídolos, héroes predilectos a quienes han divinizado y constituídoles centro de inverosímiles y fantásticas leyendas; pero esas apoteosis, nótese bien, son necesariamente obra del tiempo. Nadie es bueno para su ayuda de cámara, dice, acertadamente, el refrán, y tiene aquí su aplicación más oportuna... El héroe ha de perder todo lo que tenía de terreno; han de pasar los hombres con quienes convivió y le trataron...: después vendrá la deificación, la creación del mito, no antes.

Ni es eso solo.

La Iglesia primitiva, dicen, fué la creadora de los mila-

gros evangélicos... Entonces, preguntamos nosotros, ¿quién creó la Iglesia?

Los prodigios de Cristo fueron los que le acreditaron de Mesías, de verdadero hijo de Dios: por ellos creyeron los Apóstoles; de ellos arranca toda la fe incommovible y ardiente de los primeros cristianos. Sin milagros es imposible explicar los comienzos de la religión cristiana. No pudo, pues, la Iglesia naciente, inventarlos; los supone, más bien, imperiosamente.

Pensar de otro modo no es más que una vulgar petición de principio, que nada puede acreditar sino el apasionamiento e irreflexión de sus inventores.

LA SUGESTION Y LA "FE QUE SANA"

Y llegamos a lo sensacional en la materia.

¡La sugestión... «la fe que sana»!

¿Quién no ha oído pronunciar estas palabras como mágicas y anunciadoras del «eureka» de la incredulidad moderna contra toda curación que pueda llamarse milagro?

¡Y con qué aplomo se afirma!

El profeta de Nazaret ejercía, dicen, una fuerza e influencia poderosísima de sugestión sobre los enfermos. Podríamos decir que fué un médico extraordinario que dejó muy atrás el arte de la medicina de su tiempo y aun se adelantó al método terapéutico que, gracias a la psicología contemporánea, ha venido a ser ya del común dominio...

Rousset afirma, textualmente: «Jesús sabía comunicar a las fuerzas de la vida interna una conmoción tan poderosa que obraba de dentro afuera sobre la vida corporal...».

Ya lo ves, caro lector. Las curaciones evangélicas son meras curaciones de orden psíquicoterápico obtenidas por influencia moral, por sugestión, por hipnotismo; de un modo exactamente igual al que hoy se emplea en los hospitales

y en las clínicas en donde se tratan enfermedades nerviosas...
¡Esa fué toda la farmacopea maravillosa de Jesús!...

¡Qué gloria para nuestro siglo! La ciencia psiquiatra moderna lo ha descubierto todo. La fe sobreexcitada, la dinámica de la fe; he ahí el resorte maravilloso, el mágico secreto...

Me imagino, sin embargo, que te habrás quedado algo frío.

Se necesita, en realidad, estar muy apasionado, demasiado afectado por la dinámica de la pasión, sugestionado por ideas preconcebidas, por fobias antirreligiosas, para hablar así tan categóricamente.

La fe hace prodigios, afirman. Nosotros podemos decir también que la incredulidad los hace mayores todavía...

¡Los milagros de Jesús, obra de sugestión!

Por lo visto, según estos señores, la Palestina de los tiempos del Divino Maestro era un inmenso hospital lleno de neurópatas e histéricos. Nosotros hubiéramos, precisamente, dicho lo contrario, y con nosotros la razón y la Historia. Los Apóstoles y Evangelistas, en efecto, pertenecían a la clase trabajadora, al pueblo sencillo de Galilea; eran hombres, por consiguiente, de resistentes nervios y de sentidos sanos. Lo mismo hay que decir de las turbas que seguían al Profeta y admiraban sus prodigios.

Más aún, ni siquiera pertenecían las enfermedades curadas por el Salvador, fuera de dos o tres excepciones, al grupo de la terapéutica moral. Ahí están los ciegos, los seis ciegos que recobraron la vista instantáneamente a la sola palabra de Jesús; ahí los leprosos, los hidrópicos, los sordomudos... ¿Han sido jamás curadas estas enfermedades por procedimientos psíquicoterápicos? Pues ni aun esos son todos los milagros del Salvador. Además de las curaciones en que recorrió toda la gama de las humanas dolencias, resucitó tres

muertos, multiplicó dos veces los panes y los peces, convirtió el agua en vino en las bodas de Caná, sosegó dos tormentas.

En resumen: los curados por el Salvador fueron centenares, quizás miles, como dijimos.

Las enfermedades nerviosas eran entonces menos frecuentes en aquel pueblo trabajador y pacífico que entre nosotros. «La fe que sana», la sugestión, necesita sujetos especiales, como afirman los entendidos, y nadie pretenderá hacernos creer que vinieron a tropezar con Jesús, en su camino, todos los casos, precisamente, de ese género y que todos los pacientes fueron capaces y aptos para ello.

¿EL MILAGRO ES IMPOSIBLE?

Tocamos el punto neurálgico de la cuestión.

El lector habrá podido ya adivinar que las explicaciones apuntadas de la heterodoxia no son más que tentativas más o menos afortunadas, diríamos, para tranquilizarse a sí mismos con las aportaciones deslumbrantes... de la ciencia, y permítasenos el eufemismo; la verdadera causa de su negación, de su guerra a los milagros evangélicos es la falta de fe en Dios; su ateísmo, más o menos disimulado, su negación absoluta de todo lo sobrenatural... Por eso podríamos perdonar todo ulterior esfuerzo.

Militamos en campos esencialmente diversos; partimos de puntos de vista tan remotos como el cielo de la tierra.

Nosotros somos creyentes; lo sobrenatural no nos arredra, sino que lo admitimos de buen grado. Ellos, por el contrario, son incrédulos; todo lo que sobrepuja a la materia lo tienen por inadmisibile. Es natural, por tanto, que, dadas sus ideas, se porten y hablen de ese modo. «Cuando la crítica, dice Havet, se niega abiertamente a creer en los relatos de milagros, no necesita aducir pruebas en apoyo de su negación. Eso

que se cuenta es falso, simplemente, porque eso que se cuenta no ha podido suceder».

El P. Gemeli invitó un día a la Asociación Sanitaria de Milán, compuesta de colegas y amigos suyos, a estudiar los hechos prodigiosos de Lourdes y a discutirlos científicamente. Le contestaron con una rotunda e impasible negativa, sin admitir discusión: «Nosotros somos positivistas, le dijeron, y en el positivismo el milagro es tan imposible como la cuadratura del círculo»...

Es inútil, pues, insistir.

Basta lo dicho y sobran las razones.

Los milagros evangélicos son falsos para los racionalistas porque el milagro es simplemente imposible para ellos, como es imposible todo lo sobrenatural...

¿Pregunta el lector el porqué de afirmación tan categórica? Al buen dador no duelen prendas. Hela aquí: «Porque las leyes de la Naturaleza son indefectibles, y el milagro las echaría por los suelos»...

Pero, volvemos a lo mismo, se dirá; y es así.

Ciertamente que para un ateo, para un empedernido materialista que no ve en el magnífico concierto del cosmos más que un férreo engranaje de leyes rígidas, necesarias, que han venido a cristalizar como efecto espontáneo de la naturaleza íntima de las cosas, o por meras casualidades, la dificultad propuesta tiene, indudablemente, su alcance: ¿Quién podrá contener la fuerza cósmica universal, las leyes inexorables que rigen la materia?

Pero para el ateo, hemos dicho.

Para el creyente es otra cosa muy distinta.

Dios, Ser Supremo y Creador del Universo, es también el Hacedor de las leyes que lo gobiernan. El creó el gran poema, el magnífico concierto que canta incesantemente sus

alabanzas; pero grave yerro el de su ciencia: ¡se ató tan inconsideradamente a él, que ya no puede cambiar ni un compás, ni una nota, ni un verso siquiera!

¿Es eso aceptable?, ¿inteligible? Nadie dejará de verlo: eso hubiera sido hacerse esclavo de su obra, privarse del ejercicio mismo de su soberanía, perder el derecho de vivir, de manifestarse, que tienen hasta los seres ínfimos del mundo. Hubiera sido esconderse Dios, el Altísimo, el Omnipotente e Infinito, en el fondo de la eternidad insondable, oscura y sorda; convertirse en el ser incommunicable de Platón, de Epicuro y Epicteto, que vive en las altas soledades de los cielos, por encima de las estrellas, sin contacto con la humanidad; inasequible a los apremios y asaltos del corazón... Pero esa no es la condición de Dios; ese no es, al menos, el Dios que nosotros necesitamos.

Dios tiene corazón asequible a los suspiros y súplicas de los hombres; se compadece de la mísera humanidad que sufre; no es un ogro. No le arrebatéis el atributo que más le enaltece: la misericordia, la compasión de las desgracias y su remedio. Ese ha sido también el concepto eterno que han tenido de Dios los hombres. No habrá un pueblo siquiera en que no se haya usado la oración, la súplica ferviente y confiada. ¿Por qué eso? ¿Por qué ora el hombre? ¿Por qué se postra ante los altares, humedecidos en lágrimas los ojos? No cabe duda sino que porque sabe que puede Dios escucharle y cambiar el curso de las cosas con la intervención de su omnipotencia; puede hacer un milagro.

La inalterabilidad de las leyes de la Naturaleza ha sido siempre para la humanidad algo ininteligible, tratándose de Dios.

Un día baja Jesús de la montaña, rodeado de sus Apóstoles, y ve a un pobre leproso que vagaba por aquellas tristes soledades. El desgraciado ha visto también al Taumaturgo,

y se viene a El sollozando; se le acerca, dobla sus rodillas ante El y, temblando, implora su valimiento... ¡Caso apurado para Dios! ¿Qué hará? ¿Se compadecerá del enfermo? Es eso tan propio de El, tan innato a su corazón bondadoso...

Pero ¡ah!, se oponen las leyes cósmicas... el proceso patológico exige que el voraz microbio de Hansen siga adelante, destrozando impasible, multiplicándose inexorablemente; impedirlo, intervenir violentamente, es echar por los suelos el orden establecido, las leyes del mundo. Aunque lo quiera, aunque se le parta el corazón en presencia de las desgracias humanas, Dios no puede hacer el milagro...

Así dictaminaría el racionalista; pero creemos que Dios no se detendría mucho en hacer caso de sus razones. Preferiría la misericordia, y realizaría el milagro, sanando al desgraciado...

Aun los hombres podemos cambiar ese curso tan decantado de la Naturaleza que llaman inexorable.

El mundo entero es un campo de experimentación y de choque de unas fuerzas contra otras, de leyes entre sí, de neutralización de unas por otras.

La tierra, en su curso vertiginoso en derredor del sol por los espacios inmensos a razón de 30 kilómetros por segundo, exige avanzar en línea recta: sin embargo, la atracción formidable que el astro-rey ejerce sobre ella la contraría, la arrastra con fuerza incoercible y le hace desviarse y seguir rodando en torno suyo, siguiendo su órbita casi circular. Las aguas de los mares exigen el reposo debido a su gravedad, pero sopla la fuerza del huracán iracundo que se precipita sobre ellas y las remueve y las levanta en olas como montañas. La bala del cañón que lanzamos a lo alto contrariando la ley de la gravedad, es forzada a volver sobre la tierra. El médico, con sus medicinas y su ciencia, puede cambiar un estado patológico que se rige también por leyes

inflexibles; puede curar con sus drogas la pulmonia, la tisis, hasta la lepra... El químico puede disociar, con sus combinaciones, los elementos; el ingeniero mecánico burla la inestabilidad de las aguas inventando su genio medios de locomoción que pasarán por encima de ellas como castillos flotantes. El aeronauta cruza por las regiones del vacío más raudo que el torbellino y el rayo, apoyándose en fortalezas volantes fabricadas por su industria...

¡Y, caso raro!

Sólo Dios no puede hacer nada de todo esto.

Impedido, encadenado por sus propias leyes, no puede ni caminar siquiera sobre las aguas de un lago, ni curar a un leproso, ni dar la vista a un ciego, movimiento a un parálítico o vida a un muerto...

Que no se cansen los materialistas en probárnoslo.

Si eso es ciencia..., francamente, preferimos la ignorancia y... sobre todo, el buen sentido.



*«Un gran Profeta ha surgido entre nosotros»
(Lc. 1, 7)*

Jesús penetra con su honda mirada el porvenir...

JESUS PROFETA

SUMARIO: «Un gran profeta ha aparecido entre nosotros».- Profecías de Cristo sobre su Pasión, negaciones de San Pedro, traición de Judas, dispersión de los discípulos y futura ruina de Jerusalén

A Cristo se le dieron diversos nombres durante su vida en el mundo:

Se le llamó Doctor, Maestro, Hijo de David, Mesías... Hay, sin embargo, un nombre que es el más expresivo quizá y el más estimado entre los judíos: el nombre de Profeta.

«Un gran Profeta ha aparecido entre nosotros», exclamaban, alborozadas, las turbas al presenciar sus milagros. Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y fariseos, querían darle la muerte, pero temían a la plebe, observa el Evangelista, porque le tenía por un gran profeta. «Señor, veo que eres profeta», clama la samaritana, al oírle junto al pozo de Jacob; y los discípulos de Emaús responden al peregrino que se juntó a ellos durante el viaje: «¿Tú sólo eres tan extranjero en Jerusalén que ignoras lo que ha pasado en ella estos días?... Jesús Nazareno, que fué un gran profeta, poderoso en obras y en palabras».

A dos capítulos reduciremos las profecías del Salvador:

En el primero expondremos las que podríamos llamar «a breve plazo», es, a saber: las relativas a su Pasión, Muerte y Resurrección; a sus Apóstoles y a su Patria, al pueblo judío. En el segundo, las de «a largo plazo», o sea las relativas a acontecimientos lejanos en el transcurso de los siglos.

LA PASION

La Pasión fué objeto de varias predicciones, unas veces claras y manifiestas, otras veladas algún tanto, pero todas auténticas y precisas.

Una vez le piden los escribas y fariseos un milagro, y Cristo responde a su incredulidad: «Esta generación mala y adúltera pide una señal, y no se le dará otra sino la señal de Jonás profeta, pues así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra».

Habíase terminado la escena sublime de la Transfiguración.

Los tres discípulos favorecidos descendían, radiantes de gozo, en compañía del Maestro, a quien habían contemplado en la apoteosis más espléndida que pudieran imaginarse, cuando oyen que les impone secreto de cuanto habían oído y visto: «Hasta que el Hijo del hombre, dice, haya resucitado entre los muertos».

Ellos, ajenos por completo a la realidad, se preguntan qué quiso decir el Maestro con aquellas palabras: «hasta que haya resucitado de entre los muertos».

San Mateo afirma, en su capítulo XX: «Poniéndose Jesús en camino para Jerusalén, tomó aparte a sus discípulos y les dijo: Mirad que vamos a Jerusalén, en donde el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles, y será escarnecido, y azotado, y crucificado: mas al tercer día resucitará».

Más antes son aún y, sobre todo más solemnes, las

predicciones hechas en la noche de la visita de Nicodemus y en la última cena. Más que predicciones pueden llamarse clarividencias de Dios en los misterios de la redención.

Representémonos las escenas.

Nicodemus era un doctor de fama y autoridad; era, además, recto y justo, a quien, lejos de causarle envidia y desazón los grandes prodigios de Jesús, le habían impresionado profundamente y pensado que era imposible pudiera realizarlos sin tener a Dios de su parte. Por ello era, en realidad, discípulo suyo aunque no fuera con El ni manifestara abiertamente su adhesión, por respeto humano y miedo a los judíos.

Fuése una noche al Maestro, defendido por las tinieblas de la hora, y tuvo con El el más íntimo coloquio.

En la conversación le instruyó profundamente el Salvador sobre los misterios insondables de la Redención. Le dijo que era necesario renacer de nuevo por medio del bautismo de agua y por la gracia del Espíritu Santo para poder entrar en el reino de Dios, porque «lo que ha nacido de la carne, añadió, carne es, mas lo que ha nacido del espíritu es espíritu».

Preguntóle Nicodemus cómo podía realizarse ese nuevo nacimiento y si, por ventura, había de entrar de nuevo en el seno de su madre para efectuarlo. El gran Maestro tomó entonces el énfasis de las grandes solemnes revelaciones: «En verdad, en verdad te digo que nosotros no hablamos sino lo que sabemos bien, y no atestiguamos sino lo que hemos visto; vosotros, con todo, no admitís nuestro testimonio. Si os he hablado de las cosas de la tierra y no me creéis, ¿cómo me creeréis si os hablo de las del cielo? Ello es así que nadie subió al cielo sino aquel que descendió del cielo; es, a saber, el Hijo del hombre que está en el cielo».

Y viene la magna revelación que constituye la esencia de su misión en el mundo:

«Al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente de bronce, así también es necesario que el Hijo del hombre sea levantado en alto, para que todo aquel que cree en El no perezca, sino que logre la vida eterna. Que amó tanto Dios al mundo que no paró hasta entregarle a su Unigénito a fin de que todos los que creen en El no perezcan, sino que vivan eternamente. Pues no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que se salve el mundo por su medio». (Jn. III, 1-s.)

Trasladémonos a la noche de la última cena.

La ciencia cierta que tiene Jesús de su pasión y muerte la traduce en su conducta. Se encuentra rodeado de todos sus Apóstoles. Es la última reunión y despedida. Antes ha hecho que se le preparara el lugar, y, llegada la hora, se ha puesto a la mesa con los doce, y les ha dicho: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque yo os digo que ya no la comeré otra vez hasta que la Pascua tenga su cumplimiento en el reino de los cielos».

La cena la celebra con todo el sentimiento y la emoción del que está condenado a muerte y como en capilla para el suplicio. Instituye la Eucaristía como un memorial perpetuo de su sacrificio próximo: es el sacrificio de su cuerpo, que será entregado en remisión de los pecados del mundo; de su sangre, que será derramada por los mismos...

Después sale hacia el Huerto de los Olivos, con plena conciencia de lo que ha de suceder, y allí cae de hinojos en tierra y pide al Padre que pase de El el cáliz de la pasión que se avecina y que le espanta y le hace temblar de pavor y aun sudar sangre.

Había llegado la hora de la venganza y el poder de las tinieblas... A Pedro, que quería oponerse a su prisión, le rechaza duramente, diciendo: «Apártate de mí, satanás; el cáliz que me ha dado mi Padre ¿no quieres que lo beba?».

LA TRAICION DE JUDAS

Estamos aún en la noche triste; es la víspera de la Pasión.

En Jerusalén estaba ya decidida la muerte de Jesús por los príncipes de los sacerdotes. «Ya veis que nada aprovechamos», se dijeron. «Todo el mundo se va en pos de El; si le dejamos así, soliviantará el pueblo y vendrán los romanos y acabarán de perdernos a nosotros y a nuestra ciudad».

Caifás, el sumo sacerdote, dió entonces un consejo: «Es necesario que muera uno para que se salve todo el pueblo».

Cristo, pues, había de morir a manos de los judíos: para ello era necesario apoderarse de El. ¿Cómo conseguirlo? Judas, el traidor Apóstol, les facilitó el camino. El desventurado lo tenía ya meditado todo. Hacía tiempo que venía acumulando aversiones y odios en su corazón. Era irreconciliable enemigo del Maestro, aunque nadie hubiera podido imaginar el abismo a que había de descender.

Le instigaba, además, la codicia.

Vió que el mundo entero se conjuraba contra el Maestro; pensó que los judíos comprarían su vida a cualquier precio, y allá se echó de cabeza, el desgraciado...

¡Pobre Judas!, y mientras tanto creía que su crimen permanecería oculto porque no había salido de las oscuras tenebrosidades de su conciencia.

Se sentó a la mesa con los demás Apóstoles y, a lo que parece, no lejos del Salvador. Lleno de hipocresía y de malicia horrenda; comía despreocupado, el falso, y conversaba con todos... Quizá fingía amabilidad y agasajo. Pero ¡ay!,

notaba que el Maestro estaba triste, apesarado; de cuando en cuando le dirigía unas miradas que le penetraban hasta el fondo del corazón y parecían sondear la negrura de su conciencia...

El disimulaba y seguía adelante.

Al fin no pudo más la sensibilidad de Cristo, y se vio obligado a exteriorizarlo.

Nos dice el Evangelio que se turbó en su espíritu y que protestó: era el asco que le causaba el gran crimen. Al fin no pudo aguantarse más y hubo de desahogarse: «En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros ha de entregarme»...

Terrible palabra.

¿Entregarte, Señor? ¿Quién es el infame, el malvado?...

—Sí; uno de vosotros, repite el Salvador, uno de vosotros ha de entregarme, y añade: «El Hijo del hombre va a la muerte como está escrito y determinado por Dios, pero ¡ay de aquel hombre por quien fuere entregado! Mejor le fuera a ése tal no haber nacido....»

Todos se miraban consternados y llenos de angustia; empezaron a preguntarle: «¿Por ventura soy yo, Señor?». «Uno de vosotros, repitió Cristo; uno de los doce que mete conmigo la mano en el plato, es el que ha de entregarme».

Judas era uno de estos últimos; se veía acosado por todas partes y descubierto.

Convulso y lívido se atreve también a dirigirse al Salvador, y encarándose con El, tiene la osadía de preguntarle: «¿Por ventura soy yo, Señor?». «Tú lo dices», le contestó Jesús, de modo que sólo él pudo entenderlo: «Tú eres el traidor, tú el infame...».

Estaba levantado el velo.

Judas era ya, aun para sí mismo, un criminal y un trai-

dor convicto. No le quedaba más que el despecho y la rabia. Recibió el bocado que Cristo le alargó, y con él, dice el evangelista, le entró Satanás.

Judas dejaba de ser apóstol y entraba de ejecutor del demonio...

«Lo que has de hacer, hazlo pronto, le dijo, rompiendo ya toda tregua el Salvador».

Judas se levantó entonces y salió del cenáculo poseído de Satanás, y se encaminó, ¿a dónde? A Jerusalén, a los príncipes de los sacerdotes, a los miembros del Sanhedrín, para contratar a Cristo.

Convino con ellos que se lo entregaría por treinta monedas. Ese fué el precio de su iniquidad y de la venta del Redentor.

NEGACIONES DE SAN PEDRO

Terminada ya la cena con sus discípulos y, dicho el himno de acción de gracias, salió el Salvador en dirección a Getsemaní muy entrada ya la noche.

Cruzaron las calles altas de la ciudad; pasaron el torrente de Cedrón. Estaban ya a la entrada del huerto de los Olivos, cuando Jesús, explayando la amargura de su espíritu, les dijo a sus Apóstoles: «Todos vosotros os escandalizaréis en Mí, esto es: Todos me abandonaréis, porque escrito está: heriré al pastor y se dispersarán las ovejas».

No pareció bien a los discípulos aquel anuncio profético y prorrumplieron en protestas de fidelidad. Especialmente Pedro, llevado, sin duda, de su sincero y ferviente amor al Maestro, se dirigió a El, por sí mismo, y le dijo: «Aunque todos se escandalicen, yo jamás he de escandalizarme».

«¿Que no te escandalizarás, Pedro? En verdad te digo que esta misma noche, antes de que cante el gallo, me habrás negado tres veces...».

Pedro, no obstante, se afirmaba más en lo dicho: «Aunque sea preciso morir contigo, yo nunca te negaré»; y lo mismo repetían los otros.

Hasta aquí el primer acto del doloroso drama.
Presenciamos el segundo.

Pedro va a penetrar en el interior del atrio del Pontífice. La portera se encara con él, y le dice: «También tú andabas con Jesús Nazareno».

El Apóstol lo niega rotundamente: «¡Oh mujer, no sé lo que dices!».

Sigue adelante y se mezcla con la soldadesca que estaba sentada junto al fuego.

Llega al poco otra criada y, mirándole fijamente, dice a los circunstantes: «Este estaba también con Jesús Nazareno». Pedro vuelve a negarlo.

Por último, todos se afirman en la idea: «Seguramente que tú debes de ser uno de ellos, porque tu mismo lenguaje de galileo te descubre...». «¿Por ventura no te vi yo mismo en el huerto con El?», exclama un tercero, como cayendo en la cuenta...

Entonces, ¡oh debilidad humana!, el Apóstol lo niega por tercera vez, y aun añade imprecaciones y juramentos: «No soy, dice con coraje, no conozco a ese hombre».

¡Triste caída la de Pedro!

¿Es él el que hacía una hora tanto blasonaba de sí y afirmaba que jamás le negaría?...

«¡No conozco a ese hombre!...». Eran las palabras más bochornosas que podía pronunciar. ¡No conoce a Cristo, al gran profeta y taumaturgo, de cuyas maravillas estaba llena la tierra! ¡No conocía a aquel que preguntándole en Cesárea de Filipos qué opinaban de El los hombres, levantó su voz enardecida y adelantándose a los demás, inflamado por el

Espíritu Santo, con la diestra extendida hacia El y estática la mirada, pronunció la magnífica confesión: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo...»! ¡No conocía a aquel que en premio de su afirmación le honró con la dignidad de Príncipe de los Apóstoles y fundamento de su Iglesia; a aquel a quien poco antes, en el Tabor, : había contemplado con admiración en el esplendor magnífico de su gloria!...

Acababa San Pedro su última negación, cuando dice el evangelista que pasó por allí Jesús y, volviendo la vista, miró al Apóstol.

Efectivamente, en aquel mismo instante el divino reo, acompañado de soldados, con las manos atadas a las espaldas como un malhechor, descendía de la presencia de Caifás y pasaba por allí a través del atrio, en dirección al calabozo donde debía quedar lo restante de la noche.

No hay que decir lo trágico del momento.

Cristo, que había estado ciego a todo lo que pasaba a su alrededor; El, que como cordero paciente, no había abierto sus labios desde que fuera apresado, volvió los ojos al Apóstol y le miró; pero su mirada fué una mirada divina, de infinita misericordia; la mirada que hace en un instante de un pecador un santo, de un apóstata un incomparable penitente...

Pedro cayó en la cuenta en seguida del abismo en que se había precipitado. Había para desesperar, pero el rostro de Cristo, aunque lleno de dolor y de tristeza, henchido también de compasión y de bondades, le infundía alientos... No desesperó como Judas, sino que salió afuera a llorar amargamente su pecado.

RUINA DE JERUSALEN Y SU TEMPLO

Era el día de la entrada triunfal del gran Profeta en Jerusalén: el Domingo de Ramos. Rodeado de ingente muche-

dumbre que le vitoreaba entusiasta avanzaba el Maestro hacia la capital de Israel entre aclamaciones y cánticos de entusiasmo.

Todo era gloria y triunfo. Pero he aquí algo imprevisto.

Al llegar, en su camino, a la cumbre del monte de los Olivos, desde donde se divisa la ciudad, se ha parado repentinamente, y dirigiéndola una mirada expresiva, ha prorumpido en llanto desolador: «¡Ay si conocieses también tú, dice, por lo menos en este día, que te he dado, lo que puede traerte la paz!; mas ahora, está todo ello encubierto a tus ojos. Porque vendrán unos días sobre ti en que te circunvalarán tus enemigos, y te rodearán de contramuros, y te estrecharán por todas partes, y te arrastrarán con tus hijos, que tendrás encerrados dentro de ti, y no quedará en ti piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te visitó». (Lc., XIX.)

Otro día dícele uno de los Apóstoles, entusiasmado al divisar el templo y mostrándole la grandiosidad de su fábrica: «Maestro, mira qué piedras y qué edificio». Jesús le dió por respuesta: «¿Veis todas esas magníficas construcciones?, pues serán de tal manera destruídas, que no quedará en ellas piedra sobre piedra». (Mc. XIII; Lc. XIX.)

El cumplimiento de estas profecías es algo que supera a lo maravilloso. Ya lo tocamos en el primer capítulo, pero éste es el lugar propio para una más amplia exposición.

Los datos nos los suministra un historiador judío, no cristiano, Flavio Josefo, en su libro «De bello judaico».

Era el mes de abril del año 70 de nuestra Era.

Fecha la más fatídica para el pueblo de Israel.

El ejército romano, guiado por el hijo del emperador Vespasiano, Tito, apareció en el horizonte sobre Jerusalén. Co-

menzaba el horrible asedio, uno de los más memorables de la Historia.

La magnífica resistencia de los patriotas exasperó a los sitiadores, que no se resignaban a soltar la presa.

Varias veces intentó el caudillo negociar la rendición de la plaza, pero sus ofrecimientos fueron rechazados con cólera. Quiso entonces amedrentar con el terror a los que no podía reducir de grado. Se apoderó de los merodeadores que, por la noche, salían al campo, e hizo crucificar a quinientos de los mismos a poca distancia de las murallas, mientras enviaba a los demás a la ciudad con las manos cortadas...

Estas crueldades no lograron otra cosa que endurecer más los ánimos de los judíos.

El cuadro se fué haciendo más siniestro cada vez.

La ciudad, poblada en exceso por la afluencia de innumerables refugiados, experimentó muy pronto la acción del peor de los enemigos: el hambre. Los necesitados blandían sin cesar el puñal y la espada para arrancar víveres a los ricos y a todos cuantos creían retenerlos.

Los pobres, y muchos otros aun ricos a quienes sus tesoros no servían de nada, se disputaban algunas hierbas o raíces y hasta buscaban el estiércol.

Un escalofrío de terror sacudió la ciudad cuando se supo que una madre había degollado a su propio hijo para alimentarse de su carne...

Agotados y desesperados, los infelices se dejaban caer, arriesgando en ello su vida desde lo alto de los muros; otros, se escapaban por las alcantarillas para buscar un refugio y alimentos en el campamento romano. Muchos, espiraban cuando iban a lanzarse sobre la comida que les ofrecían los sitiadores. Casi todos eran detenidos antes de llegar a las filas enemigas: los árabes les abrían el vientre y buscaban

en sus entrañas el oro y las alhajas que sospechaban haberse tragado... Otros, se extendían por las calles o por las terrazas de las casas, y miraban por última vez el templo, aguardando la muerte con los brazos contraídos sobre el estómago.

Ya era imposible enterrar los cadáveres y se les preeipitaba por encima de las murallas. Amontonados confusamente se pudrían en los valles del Cedrón y de Ben-Hinnon...

«¡No, exclamaba Tito, al percatarse de tanta desolación. Pongo al cielo por testigo; yo no soy responsable de estos horrores».

Al principio del mes de agosto fueron rechazadas nuevas proposiciones de paz.

El hijo del emperador dió entonces la orden de asalto.

El templo fué el primero en ser atacado. Se prendió fuego a los pórticos. Tito mandó a sus legionarios que lo apagaran a toda costa, pero estaba de Dios; los judíos se precipitaron sobre ellos creyéndoles incendiarios, y entonces un soldado romano se hizo subir a lo alto de una ventana e impulsado, dice Josefo, por una fuerza divina, lanzó un tizón ardiendo a una cámara adosada al santuario.

Pronto se desarrolló con furia el incendio.

El emperador reiteró sus órdenes, pero los soldados fingían no oírlas. Mandó a los centuriones que acometieran con sus espadas a los que se negaban a obedecer, pero todo fué en vano. De repente, del interior del templo, se vieron salir torbellinos de humo que se lanzaban hacia las nubes. Resonaron gritos de consternación desesperada que se repitieron en todos los barrios de la ciudad: «¡El santo de los santos, el santo de los santos está ardiendo...».

Ya era tarde.

Imposible detener la furia de las llamas y la rabia de los soldados.

En medio de los muros que crujían y se desplomaban, combatientes y defensores eran asesinados sin compasión...

Por fin cesó la lucha con la conquista de la metrópoli. Tito mandó arrasar lo que quedaba del templo y la ciudad...

Según el testimonio del historiador judío a que nos refe-



EL MURO DE LAS LAMENTACIONES. — Está hecho con los sillares del destruido templo de Jerusalén. Junto a él se ve con frecuencia a los judíos llorando la desgracia de su patria

rimos, en solo el recinto de Jerusalén perecieron un millón y cien mil hombres.

En toda Judea, más de un millón trescientos mil...

El número de prisioneros se elevó a noventa y siete mil.

Los mercados de esclavos quedaron repletos de judíos.

Así terminó la horrible hecatombe.

Cristo había predicho que la ciudad sería rodeada y abatida y que del templo no quedaría piedra sobre piedra: su vaticinio se había cumplido al pie de la letra.

Sobre el solar del antiguo templo de Israel, se eleva al presente una mezquita árabe, la de Omar...

Aun puede contemplarse a multitud de judíos que se congregan y se postran ante «*el muro de los lamentos*», construído con piedras sacadas de las ruinas de su antiguo y venerado templo...

Desgraciado pueblo israelítico.

¡Había pedido que la sangre del Mesías cayera sobre él y sobre sus hijos, y también en esto se cumplió su execrable grito, pero no para su salvación, sino para su ruina!



«Si éste fuera Profeta conocería quién y cuál es la mujer que le toca, que es pecadora» (Lc. VII, 39).

XIII

JESUS PROFETA (II)

(El poema del amor)

SUMARIO: Extasis de Jesús y visión de su futuro triunfo.- El grano de mostaza.- El día de Pentecostés.- Expansión de la Iglesia y conversión del mundo.- Dificultades de la empresa.- Conquista de la humanidad por el amor

Se ha dicho con razón que el amor se merece pero no se exige.

Exigir el amor de los hombres es exigir demasiado ; exigirlo por encima de todo otro amor, exigirlo más grande que el amor de la madre hacia su hijo, del hijo hacia sus padres, de los hermanos y esposos entre sí, es exigir, humanamente hablando, un absurdo.

Si hubiera algún hombre que se atreviera a ello, diríamos que es un loco ; un loco o un Dios, pues sólo Dios tiene derecho a amor semejante.

Y éste es, precisamente, el caso de Jesucristo.

El exigió un día, imperiosamente, el amor de los hombres, y profetizó que lo obtendría: su vaticinio se ha cumplido al pie de la letra: Cristo no puede ser, por tanto, un mero hombre: es juntamente Dios.

VISION DEL FUTURO TRIUNFO

Era uno de los días próximos a la Pasión, después de la entrada triunfante del divino Maestro en Jerusalén ; el lunes o el martes santo. Nos cuenta San Juan en su capítu-

lo XII, que ciertos gentiles expresaron su deseo de ver a Jesús, y para conseguirlo pusieron por mediador a Felipe, quien les condujo a El.

El Hijo de Dios parece que presintió en la petición de los gentiles la próxima conversión a su fe y evangelio del paganismismo, y en un arrobamiento místico de gozo hizo estas solemnes revelaciones:

«Venida es la hora en que debe ser glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo después de echado en tierra no muere, queda infecundo, pero si muere, produce abundante fruto: así el que ama desordenadamente su vida la perderá; mas el que la aborrece en este mundo, la conserva para la vida eterna... Ahora mi alma se ha conturbado y ¿qué diré? ¡Oh, Padre!, líbrame de esta hora para la cual he venido al mundo. ¡Oh Padre!, glorifica tu santo nombre. Al momento se oyó del Cielo esta voz: Le he glorificado ya y le glorificaré más todavía.

La gente que allí estaba y oyó el sonido de la voz decía que aquello había sido un trueno. Otros afirmaban: Un ángel le ha hablado. Jesús les respondió y dijo: esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora mismo va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser lanzado fuera. Y cuando yo fuere levantado en lo alto sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí mismo...»

Cristo profetiza aquí, como se ve, su triunfo y conquista de la Humanidad después de su muerte.

Ya antes lo había afirmado de una manera algo velada bajo la semejanza de una parábola, pero tan categórica como gráficamente:

«Semejante es, dijo, el reino de los cielos al grano de mostaza, el cual tomó en sus manos un hombre y lo sembró en su campo. El es a la vista la más menuda entre todas las semillas, mas en creciendo viene a ser mayor que todas las legumbres y hácese árbol, de forma que las aves del cielo bajan y se posan en sus ramas». (Mt. XIII, 3, s.).

Por la frase: «El reino de los cielos» entiende aquí el Salvador, como en casi todas las parábolas, no lo que comúnmente solemos llamar el cielo, la gloria o vida eterna después

de la muerte, sino su propio reino mesiánico, el que venía El mismo a fundar; la sociedad de los creyentes en su palabra, la Iglesia. Esta sería en su origen y espléndido desarrollo como la simiente referida. Comenzaría por principios insignificantes, pero germinaría y se desarrollaría rápida y profusamente hasta llenar el mundo y cobijarlo bajo sus ramas.

El día de la Ascensión a los Cielos anuncia ya el comienzo de su actuación clara y solemnemente. Da sus recomendaciones últimas a los discípulos, y les dice:

«Y vosotros permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fortaleza de lo alto... Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén y en toda la Judea y en Samaria y hasta los últimos confines de la tierra... Se me ha dado todo poder en el Cielo y en la tierra: Id al universo mundo y predicad el Evangelio a toda criatura... Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos»...

EL DIA DE PENTECOSTES

Es el gran día de la victoria y el comienzo oficial de la nueva Era del mundo.

Los Apóstoles se encuentran reunidos en el Cenáculo en espera de los anunciados acontecimientos: allí permanecen en oración con María, la Madre de Jesús. Sus nombres ya los conocemos, son: Pedro y Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago de Alfeo, Simón Zelotes y Judas, hermano de Santiago..

Repentinamente, leemos en los Hechos, se sintió un gran estruendo cual si fuera la acometida de un fuerte vendaval sobre la casa; luego, apareció una llama que, dividiéndose en sí misma, fué a posarse sobre la cabeza de cada uno de ellos en forma de lengua de fuego.

Es el símbolo del Espíritu Santo que tomó posesión de los mismos.

Los Apóstoles aparecieron desde este punto trocados y convertidos en otros hombres.

Comenzaba con ello la gran obra.

Embriagados por el soplo inspirador se lanzaron a la calle. Pedro, siempre el primero, tomó, en nombre de todos, la palabra. En su discurso habló de Cristo crucificado por las autoridades de Israel, pero que resucitó de entre los muertos...

Nadie hubiera podido reconocer en él al rudo pescador de Galilea, al tímido discípulo que tembló ante la voz de la criada y negó al Maestro...: su palabra era elocuente, persuasiva, de fuego...

A las afueras del Cenáculo acudieron innumerables gentes de la capital, de los pueblos de Palestina y de todas las regiones de la Diáspora, venidos entonces a Jerusalén con ocasión de las solemnidades pascales. Todos oyeron estupefactos...

Al terminar Pedro, se dieron por convencidos, y en número de tres mil pidieron ser bautizados.

Al poco repitió el afortunado apóstol su discurso en presencia de otro gran gentío que había acudido al templo al tener noticia del gran milagro realizado por el mismo en un cojo de nacimiento que allí pedía limosna. El ambiente se estaba caldeando en Jerusalén. Todos se sentían vivamente impresionados por la divina virtud que se mostraba en aquel hombre, y fueron cinco mil los que se convirtieron...

Se formaba con esto la primera célula o comunidad cristiana en la capital judía. Comunidad que había de crecer rápidamente con nuevas conversiones en masa, en Samaria y en toda Judea y Galilea.

LA CONQUISTA

Y llegó el momento de la dispersión.

El espíritu de Jesús impelió a los Apóstoles a rebasar las fronteras de Israel e internarse en el paganismo, en donde había otras ovejas que conducir al aprisco, para conseguir de este modo que hubiera un solo redil y un pastor solo.

Era necesario ir a la conquista, al asalto del mundo...

Antes de partir se reunieron en Jerusalén, en el primer concilio cristiano, y redactaron el Símbolo de la Fe, el Credo de nuestros dogmas... Después, marcharon...

Cada uno de ellos tomó una dirección distinta: Juan se encaminó al Asia Menor; Felipe, a la Mayor; Andrés, a los escitas; Tomás, a los partos; Bartolomé llevó el Evangelio hasta la India; Simón, a Persia; Matías, a Etiopía; Santiago, a España; Pablo, a Grecia, a Licaonia, España y Roma; Pedro, al Ponto, Galacia y Capadocia, Asia y Bitinia; llegó a Italia y fijó su residencia en Roma, en donde murió crucificado como su Maestro, en los tiempos de Nerón...

LA CONVERSION DEL MUNDO

Pocos años después de la Resurrección de Cristo ya escribía San Pablo que «el Evangelio se anunciaba en toda la tierra».

De Nerón afirma Tácito, el gran historiador romano, que hizo matar en Roma «a una gran multitud» de cristianos. Esto sucedía hacia el año 64, unos treinta después de la muerte de Jesús. Del 99 al 100, dice Plinio en carta a Trajano desde Bitinia: «Esta secta nos inunda; ha invadido ciudades y aldeas, y nuestros templos quedan desiertos».

Del 150 al 170 añade Tertuliano, dirigiéndose a los gentiles, las palabras que se han hecho famosas: «Somos de ayer y ya lo llenamos todo... sólo dejamos vacíos vuestros templos».

A principios del siglo III decía Dióscoro, ministro de Alejandro Severo: «De tal modo crece esta raza, que las leyes son impotentes para destruirla...» En 235 el emperador Máximo declara, en un edicto, que «casi todos los hombres abandonan el culto de los dioses para hacerse cristianos...»

Los convertidos pertenecen a todas las clases sociales, aun las más elevadas. San Pablo habla de «los cristianos que pertenecen a la casa del César». San Ireneo, de «los que estaban en la corte imperial». Dionisio de Alejandría añade que la de Valeriano era «como una iglesia de Dios».

En tiempos de Diocleciano eran numerosos los fieles que se encontraban con cargos palatinos, y eran cristianas aun la esposa e hija del mismo Emperador... En los de Domiciano se cuentan hasta consulares...

Harnack calcula que a fines del siglo III había ya establecidos 1.500 obispados en Oriente. En Egipto, 64; en Africa, 125; en Italia, 60; en España, 37; en la Galia, 21, y en Bretaña, 3.

Desde el Ganges hasta el Extremo Oriente; desde Escocia hasta el desierto de Sahara, florecían comunidades cristianas.

Finalmente, en 312, el emperador Constantino constituye la religión cristiana en religión del Estado...

La Iglesia, pues, bañada en su propia sangre durante tres siglos, había superado las más sangrientas persecuciones y salido de ellas fortificada, después de haber derrocado el paganismo...

Estos son los datos.

En tres siglos escasos, la religión del Crucificado se hizo dueña de las ciudades todas de las vastas regiones del gran imperio: quedaban tan sólo diseminados entre las mismas

algunos pueblos y aldeas en donde no habían penetrado aún las ideas del Evangelio, pero a donde llegarían muy pronto y en donde arraigarían más profundamente todavía: eran los pagos latinos, de donde el nombre de paganos.

DIFICULTADES DE LA EMPRESA

No cabe duda que el hecho es singular y portentoso.
Reflexionemos un instante sobre él.

Ahora se nos ofrece el cristianismo como algo grande y magnífico.

Es una sociedad o familia gigantesca llena de prestigio, extendida por el mundo y que representa la más alta culminación del espíritu humano, con veinte siglos de existencia y más de mil millones de adeptos...

Pero quitémosle toda la espléndida frondosidad que la circunda y no dejemos en ella más que lo que tuvo en sus comienzos: una cruz de palo y colgado de ella y muerto su Fundador como malhechor vulgar y facineroso... Despojémosla de la aureola de sabios que la prestigian; quitémosle todo el poder oficial de reyes y emperadores de que ha sido objeto en el transecurso de los siglos; los esplendores de su culto en las milenarias góticas catedrales; olvidemos sus concilios, reuniones máximas del saber y de la santidad en el mundo, y mostrémosla inerme en toda su pobreza, sin más partidarios que unos judíos extranjeros...

Enfrentémosla, después, con el mundo pagano, carcomido de vicios, adherido a la superstición hereditaria y secular, refractario a toda moral y sujeción; representémosla predicando la virtud, el vencimiento propio, el amor al trabajo, la condenación de la lujuria, del divorcio, del adulterio, del robo y del fraude: aboliendo el culto tradicional, abominando de sus dioses, adorando como a Dios único a un hombre ajusticiado y muerto en un patíbulo...

¿Qué resultado, humanamente hablando, pronosticamos?

No es necesario ser profeta.

No hay esperanza siquiera de suceso. La nueva religión y más aún los hombres que la importan son incapaces, inhábiles, para tan alta empresa. Vencer al mundo pagano, hacerle cambiar de dirección y de ideales, transtornar su filosofía, su moral y su culto, es asunto demasiado arduo para tan flacos medios...

Si contara, al menos, con el poder oficial y de las armas...; si tuviera del lado suyo la relajación de los placeres carnales...; si pudiera apoyarse en la elocuencia y sabiduría de sus predicadores, en la influencia y riquezas de los suyos...; podría quizás esperarse algo. Mahoma impuso su religión a innumerables tribus porque contó ya desde sus comienzos con un ejército de cien mil soldados, con jefes fanáticos y decididos, ansiosos de botín y de gloria. Sus prosélitos los hizo la cimitarra... El socialismo y el comunismo, en nuestros días, han llevado tras sí a grandes masas trabajadoras esgrimiendo el arma de los abusos sociales, prometiendo felicidades sin cuento, mintiendo paraísos en la tierra... El protestantismo se propagó rápidamente por Alemania y países nórdicos siguiendo a frailes concubenarios y reyes apóstatas, acuciados todos por el ansia de sacudir el yugo de la moral católica... Pero la nueva religión de Jesucristo no cuenta con nada de todo esto; no goza ni de poder oficial, ni de fuerza armada, ni de elocuencia, ni de filosofía, ni de desahogo de pasiones; no promete utopías y felicidades terrenas, antes por el contrario, predica una moral rígida, abnegación, y sacrificio, y martirio...

Lo repetimos: humanamente hablando no se prevé más que el fracaso y el desprecio...

Sin embargo, ¡fenómeno singular!

Los ignaros y rudos pescadores salen con su empeño y triunfan.

Sojuzgan y doman al gran imperio; derrocan el paganismo; destronan a Júpiter y a Venus, a Mercurio y a Apolo, y colocan en su sitio a un galileo crucificado en el Gólgota. Hacen acatar su religión y su moral, y, lo que es más, identificarse tan íntimamente con ella, que la estiman por encima de todo lo criado, y mueren gustosos por su causa, en medio de los mayores suplicios, a millones...

Confesemos que eso no es triunfo de hombres, sino de Dios.

De nuevo la profecía de Jéscristo: «Cuando yo sea levantado sobre la tierra, atraeré todas las cosas hacia mí». «Me seréis testigos en Jerusalén, y en Samaria, y hasta los extremos de la tierra»... Es la virtud del grano de mostaza, «que, siendo la menor de las semillas, brota y se desarrolla pujante y se convierte en árbol frondoso, capaz de cobijar a las aves del cielo que vienen a posarse sobre sus ramas».

EL TRIUNFO POR EL AMOR

Queda lo más extraordinario aún.

Cristo conquistó el mundo para su religión, imponiendo su culto y sus ideas morales y religiosas a la humanidad... Hizo otra cosa también más difícil: lo conquistó por el amor. Ganó los corazones de los hombres llenándolos de un afecto hacia sí que equivale a la exaltación y al delirio.

¡El triunfo de Cristo por el amor!

Tiene San Mateo una página en su Evangelio que no puede menos de emocionar al que la lee: es aquella en que expresó el Hijo de Dios las condiciones necesarias para seguirle.

Exige allí, abiertamente y sin rebozos, el amor de los hombres, pero no un amor cualquiera, sino un amor soberano y absoluto que está por encima del amor a la propia vida, la cual hay que perder por su causa si es preciso... por en-

cima del amor de los padres a sus hijos, de los esposos y hermanos entre sí...

«El que perdiere su vida por Mí, la hallará». «El que ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí».

Extraña ambición, como ya anotamos al principio.

Pretender ser amado por encima del amor a la propia vida, del amor de los padres y de los hijos... eso sería un sacrilegio si no fuera Dios el que lo exige.

Pero, ¿lo ha obtenido?

Sí, y esa es la sorpresa; mejor, la inaudita realidad.

Se cumplió al pie de la letra su exigencia.

Apenas había muerto en el Calvario, cuando una corriente de delirio por El estremeció el mundo. Surgió, como por ensalmo, una generación de hombres y de mujeres y aun de niños que le amaron hasta la locura... Fué un Pablo que deseó ser desatado del cuerpo para ir a su presencia: Pablo, cuya vida era Cristo y el morir una ganancia... Fué Andrés que dirigió requiebros amorosos a la cruz en donde había de ser crucificado; fué el protomártir Esteban que rogó por sus verdugos mientras le estaban martirizando; fué Ignacio, mártir, que prohibió a los cristianos que, movidos por el cariño hacia él, intercedieran ante el Poder público para que le perdonaran el martirio, pues ello sería retrasarle la anhelada muerte por Jesús y el momento de unirse a El... ¡Página incomparable ésta del acta de su martirio! «Me recelo, dice, de vuestra mal entendida caridad. Os es fácil oponeros a mi muerte, pero con ello os opondréis y estorbaréis mi dicha. Soy trigo de Cristo; es necesario que sea molido por los dientes de las fieras para llegar a ser pan digno de ser ofrecido a Cristo...; que el fuego me reduzca a cenizas; que una cruz me haga acabar con una muerte cruel y lenta; que echen sobre mí tigres furiosos y leones hambrientos...; yo lo sufriré todo con alegría, con tal que por este medio llegue a la po-

sesión de Jesucristo. Mi corazón suspira por Aquel que ha muerto y resucitado por mí».

No es menos admirable el sacrificio del amor materno y filial.

Es el tiempo de la persecución de Marco Aurelio, en el siglo II.

Santa Felicitas.

Matrona romana, tiene siete hijos que constituyen su más legítima gloria. Es conducida al Juez. «Sacrifica», le dice éste. «Yo declaro públicamente que soy cristiana, y no me es lícito sacrificar a los falsos dioses»... «Desgraciada, le increpa el Juez, si a ti te es suave el morir, ten piedad, al menos, de tus hijos».

La madre se vuelve a ellos y les dice: «Hijos míos, mirad al Cielo, allí está Jesucristo; pelead por El». «Eres muy atrevida». «Yo no hago sino cumplir las órdenes de mi fe»...

Son llamados los hijos; los atormentan, pero confiesan valerosamente su fe. La madre presencia la horrible carnicería, llena de entusiasmo. Al fin son precipitados desde una altura...

San Pedro Crisólogo dice de ella, haciendo su panegírico, que paseaba ante los cadáveres de sus hijos más orgullosa que paseó ante sus cunas...

Santa Tadita, mártir de Sicilia.

Es llamada para sacrificar. «No puedo, soy cristiana», responde.

Le quitan a su hijito de entre los brazos y le azotan. El hijo llora, pero rechaza al que le halaga: el verdugo lo coge de los pies y lo estrella. La madre cae entonces de hinojos

y exclama: «Señor, os doy gracias porque mi hijo ha obtenido la corona de la inmortalidad».

San Bárulo.

Es un niño de seis años. «Preguntad a este niño inocente qué piensa de vuestros dioses», dice la madre a los gentiles. El niño: «No hay más que un Dios, Jesucristo»...

Es azotado y desgarrado. Todos presencian, llenos de horror, la sangrienta escena, menos la madre, que le exhorta y felicita. Pide el niño de beber, y la madre le reprende esta debilidad. Es condenado a muerte. No puede andar al martirio por sus propios pies, pues tiene todo el cuerpo descoyuntado por las torturas... La misma madre lo toma en sus manos y lo lleva al sacrificio: le da el último beso y le dice: «Hijo mío, me encomiendo a tus oraciones».

Los cuarenta mártires de Sebaste.

Los han metido en un estanque helado.

Todos oran a Dios les dé valor para que sean 40 las coronas.

Desfallece uno, pero le sustituye un soldado.

El más joven de todos ellos es Melitón. Al ser azotado, le contempla su madre y le exhorta.

Sobrevive al tormento en el cual han perdido la vida los compañeros restantes; por eso, al venir el carro para llevarse los cadáveres y quemarlos, es abandonado él. La madre cree aquello una cruel piedad, y coge a su hijo entre los brazos, pues no podía andar tampoco, y ella misma lo pone dentro del carro, para que sea quemado con los otros...

En el camino expiró.

Santa Perpetua.

Delante de ella están el padre y la madre y un hijito de pocos meses.

«Ten compasión de la vejez de tu padre, le dice éste; muévate la vista de tus hermanos, de tu madre y de tu hijo, que no podrá sobrevivir si tú mueres...» Diciendo esto le besaba las manos.

Después se echó a sus pies, todo bañado en lágrimas.

Llegó el momento del martirio: el Juez le ofreció la libertad y la vida si renunciaba a Cristo y sacrificaba. «No sacrificaré; soy cristiana», respondió la heroína, y se aprestó al martirio...

Un soldado finalmente: Nicandro.

El Juez le exhorta a la apostasía.

«Con un poco de incienso honra a los dioses». Está presente su esposa Daría, y le dice: «Guárdate de consentir; ten mucho cuidado de no renegar de Jesucristo».

El Juez le increpa: «Mala mujer, ¿por qué deseas la muerte de tu marido?» «Para que viva para Cristo y no muera jamás».

Queda probado nuestro aserto.

Cristo exigió el amor absoluto de los hombres, y lo ha obtenido.

Se le ha amado más que al padre y a la madre, a los hijos, al esposo y a la esposa: se le ha amado más que a la propia vida.

«Muchas veces he pensado esto, dijo el mismo Napoleón: y es lo que más me admira; Cristo exigió ser amado de los hombres, y lo ha conseguido. Ello me demuestra que Jesucristo es Dios».

CONSEJOS EVANGELICOS

Hasta sus meras indicaciones y consejos se han cumplido.

Un día dijo, en el sermón de la montaña: *«Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los Cielos».*

Era un consejo nada más y, sin embargo, ahí están ese ejército incontable de hombres y de mujeres que lo abandonaron todo y se abrazaron con la pobreza en la vida religiosa o monástica, en medio de un mundo en que todo es codicia de riquezas y egoísmo...

«*Bienaventurados los misericordiosos*»... y se ha visto surgir, como por ensalmo, una pléyade de hombres y de mujeres, verdaderos héroes y heroínas: esas sublimes religiosas y religiosos, ministros de los enfermos, convertidos en paño de lágrimas de la humanidad doliente, sepultados en los Hospitales, en los Asilos y Beneficencias, en las Leprosías y Manicomios...

«*Id y predicad el Evangelio a toda criatura*»... y surgieron los misioneros de entonces y los de todos los tiempos: ese otro ejército intrépido, el más portentoso de los siglos; más de cuarenta mil son en la actualidad. No hay territorio importante ni isla, por pequeña que sea, en el mundo, a que no haya llegado su celo y resonado su voz, sin que hayan sido parte para detenerles ni la separación de la patria y de los seres queridos, ni los mortíferos climas, ni las más sangrientas persecuciones.

La Cruz redentora se eleva por ellos en todas las latitudes, y el Evangelio se anuncia en todas las lenguas...

En fin:

LA LOCURA DE LA CRUZ

¡Fenómeno extraño y exclusivo del cristianismo y meta inaccesible del amor!

Cristo llegó hasta a provocar en el mundo un flujo incoer-

cible de ansias de padecer, de sacrificarse y morir por su causa.

En frase de San Pablo le llamaríamos *locura*, *insania crucis*; la locura de la Cruz...

Ya en los Hechos de los Apóstoles leemos que éstos salían gozosos de los azotes y de la presencia de los tribunales y de los concilios, por haber sido dignos de padecer contumelias por el nombre de Cristo.

San Andrés requiebra y endecha como un enamorado a la Cruz en que ha de morir, «deseada por tanto tiempo, tan solícitamente amada y buscada tan sin descanso»... (Brev. 30 nov.)

El Apóstol de las gentes «se alegra en las contumelias, necesidades y persecuciones y angustias por Jesucristo» (II Cor. XII, 10), y declara que no quiere «gloriarse en otra cosa sino en su Cruz». (Gal. VI, 14.)

El fundador de la Compañía de Jesús declara, en el tercer grado de humildad, que «siendo igual alabanza y gloria de la Divina Majestad, por imitar y parecer más actualmente a Cristo Nuestro Señor, quiere y elige más pobreza con Cristo pobre, que riqueza; oprobios con Cristo lleno de ellos, que honores, y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fué tenido por tal, que sabio y prudente en este mundo»...

San Juan de la Cruz pide a Dios «*pati et contemni pro Te*», padecer y ser despreciado por su causa...

San Francisco de Borja tiene por perdido e inútil el día en que no ha padecido algo...

Santa Teresa declara que quiere «o padecer o morir»...

Santa Magdalena de Pazzis, «padecer y no morir»... y Santa Margarita María de Alacoque, «que no encontrará descanso hasta que no se vea en un abismo de humillaciones y padecimientos»...



14

«Pro Christo, pro Christo!»

Los cristianos arrojados a las fieras en el Circo Máximo de Nerón.

XIV

JESUS PROFETA (III)

(La tragedia del odio)

SUMARIO: Cristo profetiza las luchas y el triunfo de su Iglesia. - Jerusalén. - Bautismo de sangre. - La conversión de San Pablo; Herodes Agripa. - Roma: Las diez persecuciones; Nerón, Decio, Valeriano y Diocleciano. - El número de los mártires y la crueldad de los tormentos. - Heroísmo sobrenatural. - Conclusión

Recordemos de nuevo el episodio de Cesárea de Filipo.

Jesús pregunta a sus discípulos qué opinan los hombres sobre Él. «¡Señor!, contestan ellos, unos dicen que sois Juan Bautista resucitado; otros, que Elías; otros, que Jeremías o alguno de los profetas».

¿Y vosotros?, continuó el Maestro.

Entonces, Pedro, tomando la palabra, se adelanta decidido y dice: «Tú eres el Cristo o Mesías, el Hijo de Dios vivo».

El Divino Salvador no contradice la afirmación de su Apóstol, antes, por el contrario, la aprueba plenamente y aun le alaba por ella: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, pues no es la carne ni la sangre la que te ha revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos... Yo, a mi vez, te digo: Tú eres Pedro, y sobre esa piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

Otras predicciones.

Es la noche de la última cena y se despide de los doce.

Abiertamente les anuncia su porvenir, y les dice: «Acor-
daos de que no es el siervo mayor que su amo; si a Mí me
han perseguido, también a vosotros os perseguirán»... Les
envía como a corderos entre lobos y les advierte que les
arrojarán de las sinagogas, les entregarán a los príncipes y
tribunales y les matarán y serán objeto de odio a todos por
su causa, pero que tengan paciencia, porque en ésta está
su triunfo...

A San Pedro, especialmente, le manifiesta: «Simón, Si-
món; he aquí que Satanás os ha pedido para cribaros como
el trigo...» «Cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas
a donde querías; mas cuando seas viejo, otro te ceñirá y te
llevará a donde no quieres». Decía esto, añade el evange-
lista, significando la muerte con que había de glorificar
a Dios.

Bastan los pasajes aducidos.

Ellos confirman plenamente la idea: Cristo anuncia per-
secuciones a los suyos, tempestades y luchas a su Iglesia.
El demonio y sus poderes en la tierra, la maldad, las pasio-
nes de los hombres, querrán aniquilarla, pero no lo conse-
guirán.

Dediquemos el presente capítulo al cumplimiento de estos
nuevos vaticinios, reduciéndonos exclusivamente a los pri-
meros siglos: A Jerusalén y Roma, esto es, a las sangrientas
persecuciones de los judíos y del Imperio.

JERUSALEN

Acaba de salir del Cenáculo la religión del divino cru-
cificado.

Viene a traer a la tierra «paz a los hombres de buena vo-
luntad»: Comienzan los siglos nuevos prometidos.

Al subir el Redentor a los Cielos se contaban tan sólo unos quinientos fieles en Galilea y ciento veinte en Jerusalén: Pero el número había ido creciendo incesantemente. Con los discursos de San Pedro, y especialmente con el milagro del cojo de nacimiento, se hicieron cristianos varios miles, como dijimos, y se iniciaron conversiones en masa en Jerusalén y en Galilea y aun en Samaria y Gaza.

Todo prometía espléndido y risueño porvenir.

Pero no podía durar mucho tiempo la bonanza.

A pesar de que la comunidad cristiana de fieles seguía frecuentando el templo y observaba aún la ley mosaica, pronto se excitaron los celos y malevolencia del Sanhedrín, que quiso, a todo trance, sofocar la secta que se levantaba.

El presidente del consejo y pontífice supremo era Anás, el de la pasión de Cristo.

Hicieron comparecer ante la asamblea a Pedro y a Juan, autores del gran milagro, y les conminaron a que no hablaran más de Jesucristo.

Inútil pretensión.

Los Apóstoles respondieron con fortaleza que no podían dejar de hablar de lo que habían visto y oído por sí mismos. y volvieron a predicar, efectivamente, como antes.

Dios estaba con ellos obrando en su favor los más grandes prodigios.

Por segunda vez fueron encarcelados, y al ser reprendidos por su desobediencia, contestó Pedro con la misma valentía: «Vosotros veréis si es justo que obedezcamos a Dios antes que a los hombres».

Decidieron de nuevo libertarlos, pero antes les azotaron para que les sirviera de escarmiento.

Un sabio consejo:

Siguen diciendo los Hechos que uno de los sanhedritas, llamado Gamaliel, doctor de la ley y hombre respetado por el pueblo, dijo a sus colegas: «Os aconsejo que no os metáis con esos hombres y que los dejéis, porque si este designio o empresa es obra de los hombres, ella misma se desvanecerá; pero si es obra de Dios, no podréis destruirla y os expondréis a ir contra El».

Bautismo de sangre.

Hasta aquí no habían sido más que los comienzos.

La persecución iba a arreciar y encandescer de furia hasta el rojo de la sangre.

La primera víctima fué uno de los siete diáconos nombrados por los Apóstoles como ayudadores de la Iglesia en el ejercicio de la caridad, San Esteban. Predicaba a Cristo con tal espíritu, elocuencia y valentía, que llegó a confundir y dejar sin palabra a los escribas y fariseos. No pudieron éstos aguantarlo, y un día le arrebataron tumultuosamente, y sacándole fuera de la ciudad, le mataron, apedreándole como blasfemo.

He aquí la sublime descripción que nos hacen del proto-mártir los Hechos de los Apóstoles: «Mas, Esteban, estando lleno del Espíritu Santo y fijando los ojos en el cielo, vió la gloria de Dios y a Jesús que estaba a su diestra, y dijo: «Estoy viendo ahora los cielos abiertos y al Hijo del hombre sentado a la diestra de Dios». Entonces, clamando ellos con gran gritería, se taparon los oídos y todos a una arremetieron contra él. Y arrojándole fuera de la ciudad, le lapidaron. Y los testigos depositaron sus vestidos a los pies de un mancebo que se llamaba Saulo. Y apedreaban a Esteban, el cual oraba y decía: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Y poniéndose de rodillas clamó en alta voz: «Señor, no les hagas cargo de este pecado». Y dicho esto, durmió en el Señor.

Era la primera sangre cristiana que corría después de la del Salvador.

Siguieronse días de prueba en que los fieles tuvieron que dispersarse por Samaria y aun por Chipre, Fenicia y Antioquía.

La conversión de San Pablo.

Un rayo de luz en la tormenta.

Durante estos días se llevó a cabo la conversión del Apóstol de las gentes, San Pablo.

Saulo, así se había llamado hasta entonces, era natural de Tarso de Cilicia, pero de padres judíos y de la secta de los fariseos, fanático, como pocos, de las patrias tradiciones. Fué uno de los que asistieron a la muerte de San Esteban, como ya queda indicado, el que guardó los vestidos de los verdugos mientras le lapidaban.

Su obsesión era acabar con el Cristianismo; pero Dios, inefable en su Providencia, tenía grandes proyectos sobre él y los llevó al cabo, tan suave como eficazmente. Cuentan así los Hechos, en su capítulo IX, este acontecimiento trascendental:

«Mas, Saulo, que todavía no respiraba sino amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al príncipe de los sacerdotes y le pidió cartas para Damasco, dirigidas a la sinagoga, para traer presos a Jerusalén a cuantos hombres y mujeres hallase de los cristianos. Caminando, pues, hacia Damasco, se acercaba ya a esta ciudad, cuando de repente le cercó de resplandor una luz del cielo, y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?». Y él respondió: «¿Quién eres, Señor?». Y el Señor le contestó: «Yo soy Jesús a quien tú persigues; dura cosa es para ti, dar coces contra el aguijón». El, entonces, temblando y despavorido, dijo: «Señor, ¿qué quieres que haga?».

Y el Señor le respondió: «Levántate y entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer».

Los que venían acompañándole, estaban asombrados oyendo, sí, sonido de voz, pero sin ver a nadie.

Levantóse Saulo de la tierra, y aunque tenía abiertos los ojos, nada veía; por lo cual, llevándole de la mano, le metieron en Damasco. Aquí se mantuvo tres días privado de la vista y sin comer ni beber.

Había, a la sazón, en Damasco un discípulo llamado Ananías, al cual dijo el Señor, en una visión: ¡Ananías!, y él respondió: Aquí estoy, Señor. Levántate, le dijo el Señor, y vé a la calle llamada Recta y busca en casa de Judas a un hombre de Tarso llamado Saulo, que ahora está en oración. Y en este mismo tiempo vió Saulo, en una visión, a un hombre llamado Ananías que entraba y le imponía las manos para que recobrase la vista.

Respondió, empero, Ananías:

¡Señor! he oído decir a muchos que este hombre ha hecho grandes daños a tus santos en Jerusalén, y aun aquí ha venido con poderes de los príncipes de los sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre.

Vé a encontrarle, le dijo el Señor; que ese mismo es ya instrumento elegido por mí para llevar mi nombre delante de todas las naciones, y de los reyes, y de los hijos de Israel, y yo le haré ver cuántos trabajos tendrá que padecer por mi nombre. Marchó, pues, Ananías y entró en la casa e imponiéndole las manos, le dijo: Saulo, hermano, el Señor Jesús que se te apareció en el camino me ha enviado para que recobres la vista y quedes lleno del Espíritu Santo.

Al momento cayeron de sus ojos unas como escamas y recobró la vista, y, levantándose, fué bautizado, y habiendo tomado después alimento recobró sus fuerzas.

Estuvo algunos días con los discípulos que habitaban en Damasco, y desde luego empezó a predicar en la sinagoga a Jesús, afirmando que éste era el Hijo de Dios. Todos los

que le oían estaban pasmados y se preguntaban: ¿No es éste aquel mismo que perseguía, en Jerusalén, a los que invocaban este nombre y vino acá de propósito para conducirlos presos a los príncipes de los sacerdotes? Saulo, empero, cobraba cada día nuevo vigor y esfuerzo y confundía a los judíos que habitaban en Damasco demostrándoles que Jesús era el Cristo».

Estaba realizado el gran acontecimiento.

Saulo, uno de los hombres más geniales y activos que han existido, había pasado al servicio de Jesucristo y de su naciente Iglesia: era el vaso de elección para los gentiles, el elegido por el mismo Hijo de Dios para ser el más insigne predicador del Evangelio, el teólogo sublime de la religión cristiana.

Herodes Agripa.

Nuevo recrudecimiento persecutorio.

El monarca mencionado era nieto de Herodes el Grande, y rey de toda Palestina después de la salida de Pilatos para Roma.

Su intervención contra los cristianos fué dura y sangrienta, y comenzó el año 42.

Transcribamos de nuevo otra emocionante página de los Hechos: en el cap. XII:

«Por este tiempo el rey Herodes se puso a perseguir a algunos de la Iglesia. Primeramente hizo degollar a Santiago, hermano de Juan. Después, viendo que esto complacía a los judíos, determinó también prender a Pedro.

Eran entonces los días de los ácidos.

Habiendo, pues, logrado prenderle, le metió en la cárcel, entregándole a la custodia de cuatro piquetes de soldados de a cuatro hombres cada uno, con el designio de presentarle al pueblo y ajusticiarle después de la Pascua.

Mientras Pedro estaba así custodiado en la cárcel, la Iglesia hacía incesantemente oración a Dios por él.

Mas cuando iba ya Herodes a presentarle al público, aquella misma noche estaba durmiendo Pedro en medio de los soldados, atado con dos cadenas, y los guardias ante la puerta de la cárcel haciendo centinela. De repente apareció un ángel del Señor, cuya luz llenó de resplandor toda la pieza, y, tocando a Pedro en el lado, le despertó, diciendo: Levántate presto; y al punto se le cayeron las cadenas de las manos.

Díjole asimismo el ángel: Ponte el ceñidor y calzate tus sandalias. Hízolo así. Díjole más: Toma tu capa y sígueme.

Salió, pues, y le iba siguiendo, bien que no creía ser realidad lo que hacía el ángel; antes se imaginaba que era un sueño lo que veía. Pasada la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que sale a la ciudad, la cual se le abrió por sí misma; salidos por ella, caminaron hasta lo último de la calle y súbitamente desapareció de su vista el ángel. Entonces, Pedro, vuelto en sí, dijo: Ahora sí que conozco que el Señor verdaderamente ha enviado a su ángel y librádome de las manos de Herodes y de la espectación de todo el pueblo judaico.

Y habiendo pensado lo que haría, se encaminó a casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde muchos estaban congregados en oración.

Habiendo, pues, llegado al postigo de la puerta, una doncella llamada Rode salió a observar quién era. Y conocida la voz de Pedro, fué tanto su gozo que en lugar de abrir corrió a dentro con la nueva de que el Apóstol estaba en la puerta. Dijéronle: Estás loca. Mas ella afirmaba que era cierto lo que decía. Ellos dijeron entonces: Sin duda será su ángel. Pedro, entretanto, proseguía llamando a la puerta. Abierta ésta, por último, le vieron y quedaron asombrados. Mas Pedro, haciéndoles señas con la mano para que callasen, contóles cómo el Señor le había sacado de la cárcel, y añadió: